

CANJE

MENSAJE DE NAVIDAD

Constructores de la paz...

Todavía resuenan en nuestras mentes y en nuestros corazones con la fuerza profundamente evangelizadora y convincente que sólo él sabe imprimirles, estas palabras de S.S. Juan Pablo II, en su visita apostólica del año pasado a nuestra Patria:

"En abierto contraste con la civilización del amor, aparece con características inquietantes el espectro de la violencia que deja sentir su secuela de dolor y muerte en tantas partes del mundo. Asistimos, no sin pesar, a los reiterados ataques a la paz desde la más variada forma de violencia, cuya expresión extrema y nefasta es el terrorismo, que tiene su raíz en factores políticos y económicos, que se agravan por la interferencia de ideologías, de poderes foráneos y, no pocas veces, por la quiebra de los valores morales fundamentales" (Bogotá, 1-VII-86).

"¿Cuánto deseáis, amados colombianos, que callen las armas, que se estrechen fraternalmente las manos que las empuñan, que llegue para todos esa paz querida e invocada, buscada con esfuerzo, esperada con afán... después de tantos años de violencia que no han dejado más que lutos de muerte y heridas dolorosas, difíciles de cicatrizar!... La violencia no es cristiana ni evangélica; la violencia engendra nueva violencia" y degrada al hombre. (Barranquilla, 7-VII-86).

En este preocupante contexto de violencia, los colombianos, por bondad de Dios, vamos a celebrar una nueva Navidad. Y, a pesar de todo esto, en medio de "luces y sombras", los que creemos en Jesús seguimos escuchando con redoblada urgencia



y vigencia el reconfortante y esperanzador mensaje de paz entonado en su nacimiento por el coro de los ejércitos celestiales: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (S. Lucas 2,14). Mensaje este que debemos acoger con fe y tomar muy en serio, para que el tan anhelado "don de la paz" no continúe tornándose esquivo, sino que se convierta en una auténtica realidad. Bien nos decía el Santo Padre:

"Para llevar a cabo esta tarea inmensa de lograr la paz —que exige perdón y reconciliación—, el primer paso, que estoy seguro que daréis cada uno de vosotros, es el de desterrar de los corazones cualquier residuo de rencor y de resentimiento. Los años de violencia han producido heridas personales y sociales que es necesario restañar. La violencia que ciega tantas vidas inocentes, tiene su origen en el corazón de los hombres. Por esto un corazón que reza de verdad el "Padre Nuestro, y que se convierte a Dios, rechazando el pecado, no es capaz de sembrar la muerte entre los hermanos"... "Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. Es una paz para todos... una paz sin fronteras". (Juan Pablo II, Salvador, 6-III-83).

En las Fuerzas Armadas de Colombia se cree en la paz, se trabaja incansablemente por la paz, se lucha sin ahorrar sacrificios por la paz... se ofrenda heroicamente la vida por la paz... se ama la paz. Y, ante la faz de la República, su permanente y decidida acción por la paz, aparece como uno de los más nobles y significativos aportes, en orden a la construcción de una patria nueva, más justa y más humana para todos... Podémos afirmar, con toda verdad, que hay una conciencia clara de los objetivos y de los caminos que conducen a la paz verdadera y que se



desea transitar con responsabilidad, rectitud y honestidad por esas vías de paz... Con profesionalismo que los enaltece, pero, sobre todo, con un acendrado patriotismo y bien fundamentados en su fe cristiana, los miembros de nuestras Fuerzas Armadas están situados en un puesto de honor entre los "constructores de la paz", vale decir, entre los "constructores de la nueva sociedad", tan pregonada por los Pontífices de los últimos tiempos, especialmente por S.S. Juan Pablo II, en estos términos:

"Se trata de una sociedad en donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad, sean una realidad. Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el más fuerte factor de cohesión social y la mejor garantía de su futuro. Una convivencia armoniosa que elimine las barreras opuestas a la integración nacional y constituya el marco del desarrollo del país y del progreso del hombre. Una sociedad en la que sean tutelados y preservados los derechos fundamentales de la persona, las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabilidad, y en la que todos se emulen en el noble servicio del país, realizando así su vocación humana y cristiana. Emulación que debe proyectarse en servicio de los más pobres y necesitados, en los campos y en las ciudades. Una sociedad que camine en un ambiente de paz, de concordia, en la que la violencia y el errorismo no extiendan su trágico y macabro imperio y las injusticias y desigualdades no lleven a la desesperación a importantes sectores de la población y les induzcan a comportamientos que desgarran el tejido social. Un país, en el que la juventud y la niñez puedan formarse en una atmósfera limpia, en la que el alma noble de Colombia, iluminada por el Evangelio, pueda brillar en



todo su esplendor. Hacia todo esto, que podemos llamar civilización del amor (cf. Puebla, n. 8), han de converger más y más vuestras miradas y propósitos”.

En mi condición de Obispo de las Fuerzas Armadas de Colombia, quiero en esta Navidad de 1987, estar muy cerca de cada uno de quienes son mis fieles, para entregarles más que con las palabras con el corazón, este “Mensaje de Paz”, y decirles con el afecto propio de quien es para todos “Padre, Maestro y Pastor” en su grey, las mismas palabras del Evangelio: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad... Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados los hijos de Dios”.

Con este “mensaje salvador” deseo hacerme presente entre quienes tienen la más alta responsabilidad en la conducción de nuestras Fuerzas Armadas, como también en todos los demás, que forman la gran “familia castrense”, para estimularlos a no desmayar en la construcción de una Nación en paz: “Bienaventurados los artífices de la paz”.

Que el Emmanuel —El Dios-con-nosotros—, que tanto hizo por su patria y se jugó su vida por ella, ofrendándola desde el altar de la Cruz, les dé a todos valor y fortaleza para defender a nuestra Patria contra las fuerzas del mal, y los colme de sus bendiciones.

Muchas felicidades en esta Navidad. ¡Paz y bien para todos!

+ VICTOR MANUEL LOPEZ FORERO
Obispo Castrense